

El dinero apropiado para hacer dinero

Dólares estadounidenses y bitcoins en El Salvador del siglo XXI

Jorge Cuellar y David Pedersen

■ Doi: 10.54871/ca24ds1k

En poco más de dos décadas, los habitantes de El Salvador han interactuado con tres tipos diferentes de moneda nacional. Los salvadoreños ingresaron al siglo XXI utilizando el colón, la moneda nacional desde 1892. Durante el tiempo que estuvo en circulación, esta moneda narraba historias relacionadas con la fuente más importante de riqueza nacional de El Salvador: granos de café *arábica* lavado vendidos a empresas tostadoras europeas y estadounidenses. Los billetes de colón presentaban rostros de famosos líderes nacionales y edificios gubernamentales durante la era del café, imágenes de agricultores modestos trabajando cerca de árboles de café y majestuosas estructuras como el Puente Cuscatlán y la represa hidroeléctrica Cerrón Grande, desarrollos financiados con las ganancias de las prósperas exportaciones de café.

Imagen 1. Billete de 25 colones, 1983



Fuente: Bank Notes.

Para el año 2000, las ganancias que redituaba el café ya no eran el principal componente de la riqueza nacional salvadoreña, como aún figuraba en el billete de 100 colones. Y así, los billetes se transformaron, abandonando las imágenes y motivos de la modernidad salvadoreña derivada del café, para representar el pasado precolumbino, o “pre-Colón”, a través de las ruinas de Tazumal excavadas en El Salvador a mediados del siglo XX.

Imagen 2. Billete de 100 colones, 1996



Fuente: Numista.

En enero de 2001, el Banco Central de Reserva de El Salvador dejó de imprimir billetes de colón por completo y comenzó a retirarlos de circulación, reemplazándolos con dólares estadounidenses. Para ese momento, los salvadoreños ya estaban familiarizados con

los dólares que mostraban rostros de presidentes estadounidenses, edificios federales y monumentos en Washington, D.C.

Imagen 3. Billete de un dólar estadounidense, 2006



Fuente: Wikipedia.

Antes de la tumultuosa década de 1980, pero principalmente durante esta, más de una cuarta parte de la población del país se había trasladado a vivir y trabajar en las principales regiones urbanas de Estados Unidos, incluyendo Los Ángeles, Washington, D.C., Nueva York, Houston y San Francisco. A mediados de los 80, los dólares que los migrantes salvadoreños enviaban regularmente a sus familias y amigos, llamadas “remesas” por los economistas, superaron las ganancias por exportación de café como la contribución más importante a las cuentas nacionales. Si los colones fueron, de hecho, la moneda nacional de la era del café, el dólar estadounidense se convirtió en el nuevo emblema de valor de la era de las remesas. A pesar de la sensación de cambio dramático que la dolarización oficial implicó en El Salvador, tanto el café como la capacidad de trabajo de los migrantes fueron las exportaciones nacionales más importantes intercambiadas en el extranjero por dólares estadounidenses a lo largo del siglo XX y hasta el presente.

Ahora, en 2021, el presidente salvadoreño Nayib Bukele introdujo de manera espectacular un nuevo tipo de moneda que circularía en todo El Salvador junto con los dólares: el bitcoin. A diferencia tanto del colón como del dólar, el bitcoin era un dinero inmaterial

que no tenía forma táctil como las monedas o billetes, no tenía un origen nacional único, no surgía de ninguna casa de moneda, tesoro o banco central único, ya sea salvadoreño, estadounidense o europeo. Era una criptomoneda digital basada en la nueva tecnología de *blockchain* y surgía a través de lo que los usuarios describían como “minería”. A pesar de sus cualidades desmaterializadas y no estatales bien reconocidas, basadas en el código de software como generador de valor, su popular logotipo contiene referencias visuales tanto al dólar estadounidense como al antiguo marcador de la riqueza soberana: el oro.

Imagen 4. Símbolo de bitcoin, 2023



Fuente: *Zen Business* (31 de agosto de 2022).

En el momento de la escritura de este texto, el bitcoin circula junto con el dólar estadounidense como moneda nacional en El Salvador. Los antiguos billetes de colón han desaparecido hace tiempo, retirados de la circulación y transformados en recuerdos turísticos. Sin embargo, todavía se encuentran como parte de adornos de pared vendidos en El Salvador y en vecindarios salvadoreños en los Estados Unidos. Estos adornos reflejan la transmutación de una moneda una vez valorada, revelando cómo evidencian el mundo social que la produjo y utilizó.

*Imagen 5. Arte popular comprado
en Orange (California, EE. UU.), 2023*



Fuente: Archivo personal Pedersen.

Nuestro ensayo explora aspectos de la vida social del El Salvador en medio de estos cambios recientes en el régimen monetario del país, centrándose especialmente en varios momentos clave en el periodo de dos décadas de “dolarización” exclusiva entre 2001 y 2021, y la reciente introducción del bitcoin en septiembre de 2021. La dolarización llegó inicialmente envuelta en promesas y deseos que se consideraba que el colón no podía cumplir. La dolarización continúa en El Salvador, pero ahora compite con dramáticas afirmaciones

proyectadas al futuro asociadas con el bitcoin y la insatisfacción generalizada entre los salvadoreños de promesas no cumplidas en más de dos décadas que, de hecho, han profundizado la desigualdad económica. Navegar estas tres formas diferentes de moneda nacional en lo que va del siglo XXI es una experiencia capitalista notable, ya que la elección monetaria salvadoreña parece decisiva para la generación de riqueza en el país. La vida social y cultural en El Salvador se ha impregnado el imperativo de que solo el dinero apropiado es el mejor dinero para hacer dinero.

La modernidad salvadoreña en la tormenta de dólares estadounidenses

Desde los primeros desarrollos del café como cultivo de exportación en El Salvador, los grandes terratenientes y el gobierno que representaba sus intereses buscaron facilitar la venta de granos en el extranjero a cambio de moneda “fuerte” lo que, especialmente en el siglo XX, significó dólares estadounidenses. A lo largo de esos años, estos dólares del café fueron los que hicieron posible la compra de bienes en todo el mundo valuados en USD, como el petróleo y prestigiosos productos fabricados en Estados Unidos como camiones y automóviles. Literalmente, la sensación de vivir en un El Salvador moderno, en desarrollo y cada vez más próspero, descansaba en la adquisición de productos extranjeros pagados con los dólares ganados del “cultivo comercial” del café, aunque estas mercancías lujosas y las nacionales que ayudaron a producir estuvieran enmarañados en el sistema monetario salvadoreño basado en el colón (Pedersen, 2013).

Para los trabajadores estacionales del café, las cantidades variables de granos verdes cosechados, procesados y empaquetados al final de un período laboral representaban sus salarios en colones. Este “salario vivo”, en cierto sentido, equivalía a todos los bienes que los trabajadores de café podrían comprar con él, lo que

complementaba lo que sus hogares producían por otros medios (por ejemplo, frutas, verduras, granos o ganado de pequeñas parcelas). La cuestión era, por supuesto, que esta cantidad de recursos familiares no podía mantener completamente al hogar de manera regular. Por eso, los colones ganados cosechando café eran un momento en una cadena de montaje apenas vivible. Desde la perspectiva de los trabajadores del café en el campo, la riqueza nacional del café no representaba ni se sentía como un progreso personal o un avance en algún sentido (Pedersen, 2013).

En el siglo XX, los granos de café salvadoreños se vendían en la bolsa de Nueva York por dólares estadounidenses. Estos dólares ganados a distancia por los dueños de las fincas de café en El Salvador circularon a través de bancos estadounidenses y posibilitaron la compra directa de cualquier producto. Los colones salvadoreños, limitados por su localismo, simplemente no carecían de esta capacidad. Las imágenes en los billetes de colón del siglo XX contaban una historia específicamente nacional. Para los productores y exportadores de café salvadoreños que podían obtenerlos, los café-dólares representaban mucho más que aquellos colones. Al igual que los salarios cobrados por los trabajadores rurales del café en relación con lo que producían sus familias domésticamente, este tipo de efectivo extranjero permitía acceder a todo aquello que no se producía directamente dentro de El Salvador (Pedersen, 2013).

Con la llegada a El Salvador de estos artículos de la modernidad en divisas fuertes, comprados con café-dólares, su historia de riqueza y progreso acalló gran parte de las condiciones que subyacían a su entrada al país y se formó un relato convincente, aunque recortado. Los granos de café se desdoblaban en nuevos productos y la actividad capitalista que hacían posible: una especie de modernidad del café. El café era “El Grano de Oro”. Ocultos en este relato casi mítico estaban los dólares estadounidenses, así como las profundas limitaciones en la vida de las familias que dependían de los salarios de la cosecha pagados en colones, que los empleadores se aseguraban de mantener bajos para ganar la mayor cantidad de

dólares estadounidenses posible y utilizarlos para buscar rentabilidad en otras empresas (Pedersen, 2013).

Entre las nuevas actividades capitalistas que financiaban los café-dólares estaba todo lo necesario para el desarrollo de otros cultivos comerciales. Uno de los más lucrativos era el algodón de grado medio recogido a mano concentrado en áreas bajas –no ocupadas por fincas de café–. Hacia la segunda mitad del siglo XX, El Salvador estaba profundamente estructurado en torno a la producción de café y algodón para la venta en los mercados internacionales. Para los salvadoreños que controlaban su venta, estos cultivos representaban la oportunidad de adquirir dólares estadounidenses y las muchas otras oportunidades de compra e inversión que venían con él. Sin embargo, para los salvadoreños involucrados directamente en la producción de estos dos cultivos comerciales, las oportunidades eran limitadas y la vida extremadamente difícil (Pedersen, 2013).

Este arreglo contradictorio no aguantó mucho más. Las revueltas populares dieron paso a una insurgencia armada que, a principios de la década de 1980, estaba deshaciendo lentamente el sistema de cultivos comerciales de algodón que se había vuelto insostenible para aquellos que solo podían trabajar por salarios en colonos dentro de él. Durante el conflicto entre 1979 y 1992, las élites de exportación salvadoreñas fugaron sus dólares al extranjero mientras gran parte del país huía de la creciente guerra civil para encontrar trabajo en un puñado de grandes regiones urbanas estadounidenses, buscando vender otra mercancía salvadoreña (su capacidad para trabajar) por dólares estadounidenses, de modo no muy distinto al que los exportadores de café y algodón habían vendido sus productos en el extranjero a lo largo del siglo XX. Esta capacidad de trabajo fue comprada por empleadores estadounidenses y utilizada para producir otros bienes y servicios, que se vendieron con el objetivo de obtener ganancias. De esto surge la fase transnacional en la cultura del dólar estadounidense: las remesas de los migrantes (Pedersen, 2013).

Estos nuevos “migra-dólares” regresaron de manera similar a El Salvador, aunque no a través de bienes de capital importados como los dólares del café o el algodón, sino como pequeñas transferencias de efectivo que los destinatarios convertían a colones para usar en El Salvador. Esta actividad de transferencia y conversión de dólares estadounidenses creció de manera significativa y los bancos locales salvadoreños, ahora propiedad de una fracción de los antiguos capitalistas del café y el algodón que se estaban diversificando en un creciente sector financiero mundial, buscaron utilizar su acceso a estos dólares de manera que también pudieran generar ganancias. Este fue el contexto en el que se lanzó la dolarización oficial en 2001 en El Salvador.

El dinero como proceso representacional

Este breve bosquejo del El Salvador del siglo XX, atrapado en un mundo de dólares, nos ayuda a ver que la moneda es más que un objeto funcional discreto. Es mejor entenderlo como un proceso representacional continuo que da forma al mundo de las personas, incluso mientras ellas mismas buscan darle forma. Diferentes momentos en el proceso general entran en juego según el lugar, enfoque y alcance del análisis (Pedersen, 2017). En general, estas instantáneas brindan una idea de un conjunto en desarrollo, pero también contradictorio que muestra cómo El Salvador del siglo XX siempre estuvo fuertemente afectado por los dólares. Sin embargo, esto se hizo más inmediatamente perceptible para los salvadoreños de a pie cuando comenzaron a ganarlos en el contexto de la migración a los Estados Unidos o bien cuando los recibían como remesas.

El dinero que los salvadoreños que trabajaban en los Estados Unidos enviaban a familiares en su país de origen a través de un banco o servicio de transferencia, representaba asistencia familiar y quizás incluso cualidades de altruismo personal y sacrificio. A este tipo de dinero se lo llamaba popularmente “ayuda” o “remesas

familiares”. Parte de este, también podía marcarse como un “dinero escolar” especial para los niños, o incluso dinero para una ocasión o comida festiva. En el discurso de un político salvadoreño, este gasto íntimo podía ser el contenido de afirmaciones sobre la forma de la familia y el desarrollo nacional. Reagregado en un documento de política del Banco Mundial, dicho dinero podría ser también leído en términos de “globalización”, progreso y la llegada de nuevas instalaciones y tecnologías bancarias en áreas rurales del país (Pedersen, 2013).

Sin embargo, esta historia invisibiliza parte del esfuerzo laboral intercambiado por salarios por los salvadoreños, cuyas dos mayores concentraciones en los Estados Unidos son Los Ángeles y el área metropolitana de Washington, D.C., Maryland y Virginia. El trabajo de construcción y de servicio de baja remuneración de los salvadoreños en el área de D.C. producía productos comprados por otros “productores” allí, ya sea el Pentágono de EE. UU. con su comida de cafetería, un contratista de defensa en el norte de Virginia construyendo una nueva sede, o una importante organización política (preocupada por la “seguridad nacional” o “inmigración”) que reservaba habitaciones de hotel regularmente como parte de sus esfuerzos en el Capitolio en D.C., o incluso los propietarios de viviendas de alto salario en la región que empleaban a niñeras, empleadas domésticas y jardineros salvadoreños. Los migrantes salvadoreños cocinaban la comida, limpiaban las cocinas, vertían el concreto y lavaban las toallas y sábanas en hoteles y hogares privados. En D.C. ste contenido de las remesas en dólares estadounidenses era bien conocido dónde se gastaba (Pedersen, 2013).

Con cierto esfuerzo, podríamos aprender más sobre esta producción de servicios y lo que estos servicios a su vez producían, incluyendo los sentimientos expresados en conversaciones en la cafetería del Pentágono, en discusiones sobre política de defensa o inmigración, o tarde en la noche en una lujosa habitación de hotel en D.C. Sabemos que las familias en El Salvador se sostenían profundamente en las remesas recibidas frente al desempleo duradero

y generalizado y los bajos salarios en El Salvador. También sabemos que los migrantes salvadoreños que dejaron esta situación en El Salvador trabajaron largas horas por salarios relativamente bajos en ciudades de los Estados Unidos. A nivel cotidiano, los migrantes salvadoreños buscaban salarios en dólares estadounidenses para vivir, y los salvadoreños buscaban algunos de estos dólares estadounidenses, que trocaban por colones, participando en conversiones constantes de valor, sumándolos a sus propios esfuerzos por obtener colones a través del trabajo en El Salvador. Al mismo tiempo, los propietarios de bancos salvadoreños, bienes raíces comerciales del área de D.C., contratistas privados de defensa en el norte de Virginia o grupos de inversión globales que poseían participaciones en estos sectores, también buscaban dólares estadounidenses, incluso si estos especulaban obtenerlos en el futuro en lugar de tenerlos de inmediato. Más difícil de percibir es que todos los intercambios que saturan esta breve historia de sentimientos y actividades dispares (incluido el dinero escolar salvadoreño, el dinero del almuerzo del Pentágono y una noche en un hotel de D.C.) descansan en la tendencia de los colones a representar algo en común en todos los objetos intercambiados por ellos en El Salvador, incluidos los dólares de las remesas, y también en lo que los dólares estadounidenses podrían encarnar en común en todas las transacciones de los Estados Unidos. Para todos los que buscaban colones y dólares, este era el contenido común de la forma dinero cuando se intercambiaba, que juntos (forma y contenido) producían una calidad de significado convincente y ubicuo: la riqueza.

Hay una coyuntura que se asumió más de lo que se examinó en este bosquejo del dinero como proceso relacional. Esto es todo lo que implicó la conversión entre dólares y colones y su movimiento, tanto dentro como entre El Salvador y los Estados Unidos. Es una historia intrincada que involucra a actores institucionales públicos y privados y diferentes grupos de personas en ambos países. Evolucionó durante las eras del café y el algodón y las primeras décadas de la riqueza por remesas migratorias en El Salvador. Lo que

distingue al período de dolarización en El Salvador es que este sistema de conversión, tal como era, terminó abrupta, fundamental y absolutamente ¿Cómo y por qué sucedió esto y cuál fue la experiencia de este cambio radical en El Salvador?

La dolarización como sinónimo de más dólares

En su Plan de la Nación de noviembre de 2000, el presidente salvadoreño Francisco Flores anunció una nueva política monetaria, la Ley de Integración Monetaria (LIM), que llevaría a que el dólar estadounidense se convirtiera en moneda de curso legal en El Salvador. Describió este cambio como una transformación general que los salvadoreños podrían esperar experimentar de inmediato de manera práctica. En este nivel, la dolarización se refería a algo, como si figurativamente “contuviese un mensaje” para un público. Pero ¿cuál era exactamente ese mensaje?

En general, Flores trató de construir un argumento de que la adopción del dólar estadounidense como dinero oficial en El Salvador conduciría a más riqueza, literalmente más dinero, para todos en el país. En su presentación, Flores trató de evocar un tipo particular de arreglo representacional. Comenzó sugiriendo indirectamente que las condiciones previas a la dolarización implicaban fluctuaciones en la tasa de intercambio entre dólares y colones. Esta relativa inestabilidad en la conversión tornaba imprevisible la práctica de mediación monetaria entre el colón y el dólar. El presidente Flores señaló a los salvadoreños que la dolarización traería consigo un nuevo período marcado por la ausencia de esta inestabilidad. Las personas en El Salvador que recibían remesas regulares desde los Estados Unidos eran conscientes de las tasas oficiales e informales a las que podían cambiar sus dólares en diferentes contextos en todo el país. Era plausible imaginar que la superación de esta variabilidad simplificaría la vida diaria y facilitando la de los

receptores de remesas salvadoreños, siempre y cuando todo lo demás permaneciera igual.

Flores no se detuvo mucho en esta posibilidad y los sentimientos asociados. En cambio, enfatizó a un grupo diferente de personas posicionadas para beneficiarse de la nueva previsibilidad que traían los dólares. Esto incluía a cualquier persona en todo el mundo que pudiera tener acceso a dólares estadounidenses y deseara convertirlos a colones para usarlos en El Salvador de maneras explícitamente orientadas a obtener más colones, con el objetivo final de convertirlos de nuevo a dólares estadounidenses. Esto era notablemente diferente de cómo vivían los receptores de remesas en El Salvador, y en cambio, era un gesto hacia los inversionistas individuales e institucionales que se dirigían a un mercado global, y se encontraban cargados de dólares, típicamente entendidos como “extranjeros”. De hecho, las fluctuaciones en las tasas de cambio del colón eran fagocitadas por un mundo de endeudamiento y ganancias dominado por el dólar estadounidense. En la narración de Flores estaba implícita la poderosa inferencia de que la eliminación de dichas fluctuaciones resultaría en una inversión más directa en dólares estadounidenses en El Salvador.

A partir de esta suposición, Flores volvió a su audiencia original, los consumidores receptores de remesas en El Salvador. Dado que los bancos salvadoreños no necesitarían dividir su actividad entre un sistema nacional de colones y un sistema internacional de dólares, sujeto a fluctuaciones en las tasas de cambio y tasas de interés diversas, ellos, al igual que los inversores “extranjeros”, estarían más inclinados a “invertir” en el país a través de préstamos al consumo para los salvadoreños, brindando mejores condiciones de pago (por ejemplo, tasas de interés más bajas) para los prestatarios. Flores vinculó este patrón futuro con promesas de que los préstamos para automóviles y la deuda de tarjetas de crédito podrían reestructurarse, y las tasas de interés y los pagos mensuales podrían reducirse para los endeudados. Más en general, la dolarización ayudaría tanto a la clase media como a los pobres a través de este

supuesto aumento de la inversión extranjera que expandiría las oportunidades económicas mediante empleos mejor remunerados y un mejor acceso a créditos variados. Flores estaba prometiendo más dinero y riqueza para los salvadoreños si todos cambiaban a dólares estadounidenses.

De-Colón-ización

La dolarización se desarrolló rápidamente sin previo aviso o educación popular en el tema. Para muchos, fue una experiencia impactante. Básicamente, se sintió como lo opuesto a las promesas de Flores. En entrevistas realizadas por un investigador nacido en El Salvador en la primera década de la dolarización, las personas describieron cómo la pérdida del colón y su sustitución por dólares estadounidenses les hacía sentir que tenían menos dinero que antes (Moran-Bonilla, 2011). La gente dio cuenta de experiencias personales de inflación de precios, la sensación de que sus ingresos laborales se reducían y una nueva calidad de empobrecimiento y miseria. Lo más parecido a la inflación se produjo a través del hábito de “redondear” al centavo más cercano al convertir de colones a dólares según la tasa fija de 8.75 colones por cada dólar. Compras más frecuentes resultarían en una mayor pérdida acumulativa de poder adquisitivo. Como explicó cuidadosamente una persona:

Ok, porque hay un precio, digamos, en colones. Era de 95 centavos [de colón], que son 11 centavos [de dólar]. La gente no cobraba 11 centavos. En cambio, cobraban 12 centavos y lo convertían a colones. Pero ya no eran 1 colón. Eran 1.05 colones. Y así, se perdían 5 centavos en cada artículo, lo que causaba que todo subiera bastante (Moran-Bonilla, 2011, p. 73).

A otro nivel, el nuevo dinero se sentía decididamente extranjero. La gente no conocía las monedas y ciertamente no las había naturalizado en sus prácticas cotidianas, como para meter la mano en

el bolsillo y reconocer de inmediato la cantidad solo por el tacto. La familiaridad con el dinero es un logro social notable. La introducción de dólares puso esto en relieve. Como explicó una persona:

La gente no tenía idea de cómo iba a funcionar el nuevo dinero. Porque al menos deberían haber puesto un comercial en la televisión explicando cómo iba a ser. Así podríamos haber tenido al menos alguna comprensión básica y haber estudiado el nuevo dinero (Moran-Bonilla, 2011, p. 72).

Sin embargo, en contraste con la incomodidad cotidiana expresada por los sectores populares, hubo una conversación y emoción completamente diferentes sobre la familiaridad expresada entre las élites financieras del país. A pesar del esfuerzo de Flores por popularizar la dolarización, esta minoría ya sabía exactamente por qué quería acumular en dólares. Y sorprendentemente, los sectores populares también sabían para quiénes resultaba en más dólares:

Para los ricos, para los banqueros, los banqueros se beneficiaron del dólar. Porque centavo a centavo que se guardaban acumulaban grandes sumas de dinero. De verdad, porque eran centavos que perdimos y prácticamente el dólar para nosotros como trabajadores independientes o cualquier tipo de trabajo que podamos hacer, el dólar no nos benefició. Solo fue conveniente para un cierto grupo, para un cierto grupo (Moran-Bonilla, 2011, p. 74).

Márgenes y diferencias

En la previa a la dolarización, El Salvador estaba dominado por una oligarquía financiera compuesta por seis grandes bancos y organizaciones financieras, cada uno estaba controlado a su vez por los diferentes grupos familiares importantes, muchos de los cuales habían dominado el país desde la década de 1880. Alfredo Cristiani, junto con miembros de las familias Llach, Bahaia y DeSola, estaba

al frente del conglomerado financiero más grande de El Salvador, el Banco Cuscatlán.

Resultó claro para el sector bancario que la dolarización crearía acceso a dólares baratos y eliminaría la dependencia del sector financiero de los depósitos nacionales como base para su capital. En contraste, las élites exportadoras en declive lamentaban la recesión de finales de la década de 1990 y jugaban con la idea de una devaluación de la moneda, una técnica estándar para aumentar las ganancias por exportación a corto plazo. Sin embargo, cualquier ajuste en la tasa de cambio afectaría la estrategia de inversión del sector financiero en dólares en toda la región. Este fue el contexto en el que Flores y sus asesores se unieron a las élites financieras para idear el plan de rápida dolarización.

Al eliminar su capacidad para intervenir en la política monetaria y cambiaria, la dolarización borraba con ella la amenaza de devaluación y reduciría el poder de cualquier gobierno futuro. El sector financiero quedaría completamente abroquelado en una estrategia de inversión basada en el dólar en el futuro inmediato, utilizando las remesas para financiar su expansión en toda América Central y más allá. Abrieron oficinas en Panamá, Honduras, Guatemala e incluso en Estados Unidos y formaron alianzas estratégicas con grupos financieros regionales y globales. También se aventuraron en proyectos transnacionales de desarrollo inmobiliario y expansión de cadenas minoristas con sede en El Salvador. Las ganancias fueron enormes y algunos bancos salvadoreños atrajeron ofertas de compra de bancos extranjeros más grandes.

En este contexto, se formó una nueva agenda de desarrollo en torno a la idea de que las remesas de los migrantes salvadoreños podrían tratarse como un flujo de pagos similar a cualquier flujo de pagos de deuda regularizado a largo plazo. Por ende, se hacía posible comprar y vender el flujo en forma de “titulación de activos” (*asset-backed security*), de modo similar a las hipotecas o a los pagos de deudas de tarjetas de crédito. La titulación de remesas se basa en el papel central que desempeñan las instituciones de transferencia,

generalmente bancos, con respecto al dinero y su movimiento. Convertir lo que parece ser un desafío técnico en un producto financiero depende de la distinción entre el recibo de remesas por parte de un banco y su pago a los destinatarios. En lo que se llama una “titulación de flujos futuros”, un banco puede vender efectivamente su control sobre un flujo regular a una entidad offshore conocida como una entidad para fines especiales (EFE). La EFE puede ser calificada por agencias internacionales, lo que atrae a inversionistas a los que se les garantiza un rendimiento constante. La EFE luego transfiere los ingresos de los inversionistas al banco, que este último efectivamente ha ganado a cambio de vender su “derecho inicial a recibir” el flujo de remesas (Pedersen, 2017).

La práctica en general fue elogiada por sus defensores como una estrategia clave para que los bancos obtengan fondos, especialmente ante las dificultades que encontraban en los mercados internacionales. Las EFEs respaldadas en remesas se promocionan para inversores de largo plazo que trabajan en nombre de dotaciones institucionales como los fondos de pensiones. Al mismo tiempo, las interpretaciones legales de la práctica reconocen que estos acuerdos financieros están estructurados de manera tal que los participantes menos protegidos son los receptores de remesas. Para que las EFE sean atractivas para los inversores, el flujo de pagos de remesas en sí mismo debe ser ofrecido como garantía. Hipotéticamente, si las remesas disminuyeran drásticamente, los bancos tendrían que cubrir los pagos con sus propios fondos. En caso de un colapso significativo, los destinatarios están legalmente definidos como los últimos en cobrar (Pedersen, 2017).

Un ejemplo conocido de esta nueva práctica financiera involucra al Banco Cuscatlán en El Salvador y su exitosa emisión de títulos respaldados por flujos futuros de remesas en 1999. Esto fue posible en parte porque había abierto oficinas en el área metropolitana de Washington, D.C., donde se ubica la segunda mayor concentración de salvadoreños en los Estados Unidos. Sin embargo, con la aprobación del Tratado de Libre Comercio entre Centroamérica y

los Estados Unidos (CAFTA) en 2003, los sistemas financieros nacionales debieron ser alineados, y esto hizo posible que los bancos pudieran abrir oficinas propias en cualquier país miembro y tenerlas bajo su total control, o incluso comprar bancos en países miembros (Pedersen, 2017).

En 2004, Cuscatlán realizó otra emisión exitosa, recibiendo calificaciones del Better Business Bureau de Fitch. En ese momento, Cuscatlán era el segundo banco más grande de El Salvador, propiedad del grupo empresarial liderado por Cristiani. Después de ayudar a Cuscatlán con su emisión de bonos respaldados por remesas en 2004, el Citigroup reconoció su potencial y compró Cuscatlán y sus subsidiarias en toda América Central y Estados Unidos. El nombre del banco, Cuscatlán, el nombre indígena de la nación de El Salvador, no ha cambiado. Ahora visible como un todo contradictorio, inversionistas salvadoreños como Cristiani o sus bancos pueden poseer los valores respaldados por remesas, cuyo valor relativo descansa en la pobreza de El Salvador rural y la necesidad de migración y transferencia de remesas para sobrevivir (Pedersen, 2017).

Un TLC para El Salvador

La dolarización en El Salvador ha sido un proceso altamente disputado y dinámico con efectos duraderos. Después de su implementación en 2002, fue inmediatamente percibida como una victoria por sus efectos sobre la estabilidad macroeconómica, una bendición para los salvadoreños, aunque en términos reales resultó en depresiones extremas en el poder adquisitivo individual y familiar, en los que los costos de vida se duplicaron de repente. Para colmo, el Tratado de Libre Comercio entre Centroamérica y República Dominicana (CAFTA-DR), firmado y promulgado en 2004, profundizó aún más la dependencia de los mercados y prácticas institucionales dolarizadas. Es durante estos años, las dos décadas posteriores al inicio de este proceso en las que la economía salvadoreña entra

en una espiral neoliberal, cuando los costos de producción, los salarios y los mercados de consumo se desincronizan salvajemente con los salarios vitales reales, lo que provocó el aumento de nuevas masas de subempleados y desempleados y, en relación con ello, que la migración se disparara. Con una escalada de los costos de los bienes unida al estancamiento salarial, El Salvador experimenta la casi extinción de los mercados agrarios nacionales en favor de la apertura del país a las empresas transnacionales, lo que permitió que se formara una percepción generalizada que vinculaba la modernización a la presencia corporativa internacional.

Desde los tempranos años 2000s y por los siguientes veinte, los hábitos económicos cotidianos en El Salvador se consolidaron en torno al dólar, coincidiendo con algunas de las olas migratorias más altas hacia Estados Unidos, que a su vez, generó que mayor cantidad de gente remitiera ingresos en esa moneda. Empresas internacionales como McDonald's, Pizza Hut, Burger King y Starbucks ingresaron a El Salvador –generando empleo, ofreciendo mejor paga que los antiguos negocios que pagaban en colones convertibles–, transformando el panorama de consumo. Los servicios de transferencia y los microprestamistas como MoneyGram y Western Union también se establecieron en ese contexto, sirviendo de vínculo económico entre la clase trabajadora salvadoreña y sus contrapartes de la diáspora migrante. En estos veinte años, en los que ha aumentado el número de receptores de la “ayuda familiar” (remesas), también se ha producido un cambio en los hábitos de compra de los salvadoreños, que ahora pueden permitirse una comida especial en Tony Roma's o incluso un bocadillo en Subway, más allá del típico tamal comprado en la calle. En otras palabras, la infusión de dinero de las remesas creó una experiencia de movilidad económica entre muchos salvadoreños, aunque sólo fuera a través del creciente acceso a nuevos tipos de bienes de consumo en nuevos lugares, como los centros comerciales –desde Plaza Mundo hasta MetroCentro–, el sello distintivo del nuevo entorno construido.

Estas ilusiones, vinculadas a la dolarización, generaron la impresión de desarrollo, mientras que los medios de subsistencia de las familias salvadoreñas se veían progresivamente amenazados. Como consecuencia del desplazamiento interno del campo, la migración interna aumentó a medida que nuevos desempleados y campesinos sin tierra acudían en masa a los centros urbanos en busca de trabajo en las maquiladoras recién abiertas o fábricas de ensamblaje textil y electrónico orientadas a la exportación. Para muchos, esto también se convirtió en un precursor, un trampolín, hacia la emigración con destino a Estados Unidos, ya que la oferta de empleo salvadoreña estaba saciada, aunque a duras penas. Estos fueron los principales efectos de la dolarización, junto con la liberalización del comercio, que benefició al sector financiero salvadoreño y a la élite política, que captaron los nuevos dólares estadounidenses enviados por los migrantes. A principios del milenio, “No al TLC para El Salvador” se convirtió en un lema de protesta común y caracterizó a los movimientos sociales que en ese momento rechazaban el Tratado de Libre Comercio (TLC), encarnado por las políticas corporativas que sólo beneficiaban a las empresas transnacionales y a la acumulación orientada a la exportación, mientras empujaban a los salvadoreños a trabajar en condiciones de explotación para las cadenas de montaje global. El dólar, en este sentido, fue una condición previa para la legibilidad del TLC en El Salvador e impulsó aún más la idea de que una integración más estrecha con los mercados dolarizados era el remedio –el tierno cuidado– para las arraigadas desigualdades del país y para facilitar la economía dependiente de las remesas. Este nuevo estado de cosas se convertiría, en cierto sentido, en la “normalidad” aún dominante que sigue estructurando El Salvador hasta la década de 2020.

Ahora sabemos que la dolarización junto con el fenómeno de las remesas profundizó la desigualdad entre los salvadoreños. De hecho, creó diferencias de clase entre los que recibían remesas y los que no. Además, la dolarización empeoró el poder adquisitivo de los salvadoreños, especialmente en torno a la disparada canasta básica

de bienes, que nunca se rectificó del todo. Las crecientes brechas económicas a las que se enfrentan los trabajadores provocaron un aumento de la migración y una intensificación de la actividad de las remesas a lo largo de las décadas de 2000 y 2010, hasta el punto de que las remesas y la mejora de la política migratoria estadounidense se han convertido en un tema clave de campaña para las elecciones en la posguerra.

La rápida afluencia de dólares de remesas estadounidenses que caracterizó los años que van desde la década de los 2000 a principios de 2020 creó una microclase receptora de remesas que permitió a algunos salvadoreños experimentar una sensación de movilidad económica, eclipsando lo que era imaginable a través de la configuración monetaria limitada a nivel nacional del colón. Desde entonces, El Salvador se ha mantenido a flote gracias a este flujo constante y creciente de remesas de dólares, que ahora asciende a casi el 25% del PIB (World Bank Open Data, 2022). De ahí ha brotado una modernidad dependiente de las remesas, que alimenta infinitamente una economía salvadoreña que se ha hecho dependiente de la generación de ingresos de los emigrantes. Esta dependencia de los migrantes que entran y salen de EE. UU. supone que tienen un nivel general de éxito económico: que un cierto número de ellos llegue efectivamente a los EE. UU., que consiga un empleo estable y que gane lo suficiente para enviar remesas a sus familias de manera constante. Susceptible a cambios repentinos como la pandemia de COVID-19, esta inestabilidad quedó al descubierto en 2020 cuando, de repente, estos ingresos cayeron significativamente (Noe-Bustamante, 2020). Este momento puso de relieve cómo la economía de El Salvador está estructurada de forma precaria, produciendo un mundo de vida dolarizado que ha transformado fenómenos sociales como la migración transnacional en un flujo financiero esperado. Esto plantea serios interrogantes sobre el futuro macroeconómico del país y sobre sus posibilidades de supervivencia sin las remesas de dólares de alto valor.

Bitcoinización

La dolarización representa el triunfo de la élite financiera tradicional de El Salvador. La historia de este período también demostró que, de hecho, el Estado es el vehículo principal para acceder a los mercados y cambiar las reglas del juego económico nacional. Ahora, unos veinte años después de la rápida dolarización y liberalización comercial lideradas por Flores, el actual presidente Nayib Bukele, que surge como figura contra el bipartidismo salvadoreño de ARENA y el FMLN, busca revolucionar nuevamente la economía salvadoreña. Utilizando la novedosa criptomoneda, su plan se basa en rediseñar el sistema dolarizado para la década de 2020 mediante la adopción del bitcoin como moneda de curso legal, eclipsando el trabajo de las élites económicas representadas por el grupo Cristiani. Bukele argumenta que el bitcoin tendrá éxito donde el dólar se ha estancado y cumplirá con la inclusión financiera, la estimulación económica y la creación de nuevos tipos de riqueza adecuados para la economía digital global.

La dolarización de la década de 2000 fue un intento de atraer inversión extranjera a El Salvador después de la guerra de la década de 1980 y la liberalización económica entre los 1990 y los 2010 continuó este proceso al permitir una reconsolidación de la desequilibrada estructura de clases del país. En esa serie, el bitcoin ahora parece ser un intento del grupo de Bukele, una fracción cristiano-palestina históricamente marginada de la élite salvadoreña, de transformar las reglas económicas de El Salvador en su beneficio. Similar al modo en que la dolarización despolitizó la política fiscal nacional para ayudar a la élite tradicional a resolver el problema de la fluctuación de la moneda y evitar la imprevisibilidad de la legislación financiera políticamente volátil, el bitcoin se ha presentado como parte de un nuevo régimen de acumulación y generación de riqueza para El Salvador. Se prepara para radicalizar aún más lo que la dolarización puso en marcha, liberando a El Salvador de un

sistema financiero liderado por Estados Unidos y transformándolo en un “santuario” de criptomonedas, donde el Estado, al modo de un fondo de cobertura, buscaría la maximización de los rendimientos para el desarrollo moderno.

Para la administración de Bukele, el imaginario –aquel sistema relacional de sentido– que rodea a la dolarización se corrompió en beneficio de una élite arcaica. La dolarización se percibió como algo doble. Primero, como una parte clave del “pacto” formado por la anterior élite política, proveniente de la oligarquía mítica o las “catorce familias”, que claramente no mostraba interés en el bienestar salvadoreño. Bukele criticó a estos grupos por frenar el progreso de El Salvador en aras de sus propios intereses y por malversar fondos públicos. Llegó al extremo de declarar una guerra contra la corrupción de Cristiani, “símbolo de la vieja oligarquía”, en su centro (Zablah, 2023). En segundo lugar, la dolarización como política fiscal nacional condujo a una economía negligente y mal gestionada que sacrificó la soberanía financiera del país y la dignidad de su gente. A partir de estos pronunciamientos iniciales, Bukele argumentó que El Salvador necesita un nuevo comienzo para reafirmar su autonomía financiera, su autogobierno, desvinculándose de las dependencias concretizadas por veinte años de dolarización. Este es el discurso fundamento para respaldar al bitcoin como alternativa al dólar.

La bitcoinización se presentó como una sustitución total, una mejora de la dolarización. Se promocionó la criptomoneda como una forma de emancipar a El Salvador del dólar estadounidense, que durante generaciones se vio como el limitante de la autodeterminación económica del país. Para el cuadro administrativo de Bukele, el bitcoin reactivaba sueños de modernización y prosperidad económica más allá de las sombras de los males sociales contemporáneos: pobreza, migración, inseguridad y pandillas. De esta manera, el bitcoin, una bala de plata algorítmica, se presentó como una solución para mejorar los hábitos financieros de los salvadoreños, aliviando sus vidas al apostar por su futuro económico

en un mercado alcista altamente especulativo y dinámico. Así, demostró ser excelente al no manifestar signos de desaceleración y posicionar de manera única a El Salvador como líder global en este mercado lucrativo y sofisticado. Según analistas de criptomonedas a principios de 2021, esperaban que para finales de ese año el bitcoin rompiera la barrera de los USD 100.000. Con esta perspectiva positiva, la criptomoneda seguramente resolvería los problemas económicos del estado (o sea, obligaciones de deuda, calificación crediticia lamentable, inelegibilidad para préstamos de desarrollo, desempleo, etc.) y dirigiría a El Salvador hacia un camino económico diferente y audaz (Mackey, 2023). El escenario estaba preparado para que una imaginación neo-desarrollista se afianzara, todo transmitido a través de una política populista que prometía independencia energética, nuevas carreteras, bibliotecas, estadios de fútbol, renovación urbana, y similares.

En primer lugar, el GOES (Gobierno de El Salvador) se dirigió directamente a los bitcoiners internacionales, comenzando con la aparición de Bukele en Bitcoin Miami 2021 que anunció la inminente ratificación de la Ley Bitcoin, el 8 de junio de 2021. Esta entraría en vigencia a principios de septiembre, apenas una semana antes de las festividades del Día de la Independencia. Para los bitcoiners, esto fue una especie de “muestra de trabajo”, asegurando que el poder de Bukele como amigo del bitcoin impulsaría la criptomoneda a nuevas alturas. Al igual que con la dolarización, la transición al bitcoin fue impulsada por la élite, un proyecto vanidoso para buscar nuevas formas de acumulación utilizando el banco estatal BANDESAL como fondo de cobertura de criptomonedas. Al hacerlo, Bukele señaló a los inversores de criptomonedas que el GOES era un defensor, un amigo de los bitcoiners. Poco después del muy discutido anuncio, los entusiastas de las criptomonedas se dirigieron a El Salvador en vuelos de primera clase para participar en fiestas para inversores en la playa, recorrieron el país con la bendición del Estado y muchos participaron en reuniones privadas con Bukele como si estuvieran en visita oficial (Rauda, 2 de junio

de 2023). Parecía, al menos desde el exterior, que se estaba vislumbrando una especie de política “primero cripto” post-Consenso de Washington, para la cual los salvadoreños, siguiendo la línea de la dolarización, serían los “beta testers”.

En su enfoque orientado a los extranjeros, la estrategia inicial de Bukele fue, sin lugar a dudas, seducir a los entusiastas para invertir en El Salvador. Este movimiento buscaba capitalizar el alto precio del bitcoin en 2021 y utilizarlo para establecer fuertes lazos económicos y emocionales con los acaudalados en criptomonedas. La idea era que los bitcoiners podrían lograr lo que los inversores extranjeros con problemas de dólares no conseguían: dinamizar la economía salvadoreña sin necesidad de los mismos enfoques a corto plazo y egoístas del pasado, dejando atrás instrumentos de deuda en dólares como préstamos condicionales, créditos, subvenciones e incluso asistencia. Este fue el primer paso hacia la soberanía financiera, un alejamiento del régimen global del dólar. Simultáneamente, esto posicionó a El Salvador como una de las principales naciones amigables con el bitcoin, un líder en la próxima revolución económica. Como escribió Bukele en *Bitcoin Magazine*: “Si El Salvador tiene éxito, muchos países lo seguirán. Si El Salvador falla de alguna manera, lo cual nos negamos a aceptar, ningún país lo hará” (Bukele, 2022). Esta lógica determinada es fundamental para el cambio hacia el bitcoin, donde Bukele tiene como objetivo posicionarse como el salvador económico del país. Innovando más allá de un sistema de dólares aparentemente corrupto, Bukele cuestiona la sabiduría de continuar con el régimen monetario del dólar. Y aunque, de hecho, existen problemas con el desarrollo de la dolarización en El Salvador, el movimiento de Bukele parece ser la segunda venida de lo que el ex Ministro de Economía Arturo Zabila dijo sobre la dolarización como medida contra la inflación: “es un remedio para una enfermedad que no teníamos” (Dickerson, 4 de agosto de 2007).

A pesar de los efectos desiguales de la economía dolarizada, el bitcoin no desenreda estos problemas en absoluto, sino que agrega

una capa discursiva técnica, una estética tecnológica al dinero, que oculta aún más los problemas estructurales. Dada la falta de transparencia y el historial de Bukele en términos de corrupción y desvío de fondos, especialmente durante la pandemia de COVID-19, es probable que el bitcoin se convierta en un intento más del gobierno de obtener fondos, cuya profundidad completa conocemos muy poco. Sin embargo, si la dolarización sirve como lección histórica, esto huele a una política económica insensata y repite los mismos enfoques de corto plazo del pasado.

Contradicción cripto

Ideológicamente, hay una profunda incompatibilidad entre el bitcoin y el proyecto autoritario de Bukele. Al unir estos elementos, se revela una paradoja evidente entre su valor declarado –el significado moralmente superior del activo descentralizado–, y la realidad políticamente cerrada e hiperdesigual de El Salvador. Hay muchas promesas vinculadas a la criptomoneda e impactos en la sociedad salvadoreña, el Bitcoin City, o la Chivo Wallet que pretendía fomentar remesas y transacciones entre pares, hasta la fiebre inmobiliaria expresado por Surf City y Surf City II, o la remodelación del centro de San Salvador y el hospital veterinario Chivo Pets. Esta es la “naturaleza dineraria” (*moneyness*) del bitcoin: una ingeniería imaginaria (*imagineering*) de desarrollo que habla de utopías financieras y riquezas abundantes para los salvadoreños. Pronto, según el relato, los salvadoreños serán empoderados por la tecnología cripto para eludir el sistema dólar que los depreda, desmontando los negocios vampíricos de servicios financieros como Western Union, MoneyGram e incluso PayPal, y los bancos tradicionales como Wells Fargo, Citibank, Scotiabank o HSBC. Aquí, aparece una nueva naturaleza dineraria, una que toma las limitaciones sistémicas del dólar y pinta una visión de especulación *laissez-faire*, donde los salvadoreños ordinarios son más que simples receptores de dólares

de remesas, sino que son inversores minoristas y emprendedores digitales. Lo que antes era una actividad práctica ordinaria, como comprar pupusas, vender empanadas, comprar en la tiendita local, gastar su “dinero de la nueva escuela”, puede ser el combustible *blockchain* para la nueva transición de la moneda.

Más allá del cambio de moneda, el desarrollo energético e infraestructural de El Salvador está vinculado a la generación de valor cripto a través de la llamada “minería de volcanes” y “bonos volcanes” (Cuéllar, 29 de octubre de 2021). Con estos, Bukele ha prometido inversiones de usuarios ricos en criptomonedas para generar empleo, formar asociaciones empresariales transnacionales, abrir nuevos mercados para productos hechos en El Salvador e incluso modernizar la economía de remesas. En el análisis de Bukele, la experiencia larga y ardua de la dolarización ha dejado a El Salvador económicamente estancado, ha hecho que su actividad comercial dependa de los dólares de remesas, siempre en espera de infusiones predecibles de efectivo enviadas por nacionales desplazados a sus familias (Banco Central de la Reserva, 2021). El sistema de significado relacional, creador sentido, del dólar está siendo reformateado a través del bitcoin, con la esperanza de desplazar el imaginario dominante de la moneda estadounidense. Para los salvadoreños, la posibilidad de transformar la política monetaria hacia el bitcoin mediante la experimentación con una economía dual donde ambas monedas coexisten parece innecesaria, imprudente y sin sentido. En lugar de respaldar prácticas económicas populares e invertir en comunidades para su desarrollo integral, el gobierno de Bukele está impulsando otro significado del dinero, haciendo que la estética desarrollista del bitcoin conjure una imaginación lucrativa por la que vale la pena esforzarse.

Para Bukele, la estrategia no es frenar la migración –de hecho, la cuestión de la migración nunca es abordada por esta administración–, sino que se trata de pensar cómo el bitcoin puede generar nuevos lucros a partir de la dinámica de desplazamiento y remesas. Es fundamental que El Salvador elimine intermediarios depredadores

como Western Union, MoneyGram, PayPal/Xoom e incluso Wells Fargo. Groseramente, el discurso de Bukele sobre las remesas en bitcoins equiparó efectivamente los servicios de transferencia de dinero con prestamistas depredadores que rapiñaban beneficios de las ganancias de los humildes salvadoreños y, por extensión, afectaban negativamente la economía nacional. Así, la propuesta del bitcoin se ofreció como una solución al problema del vampirismo de las intermediaciones alentando transacciones directas entre pares (*peer-to-peer*), eliminando las comisiones, reduciendo la necesidad de documentos de verificación, de hacer fila, etc., y al hacerlo, aunque indirectamente, aportaría al dinamismo del *blockchain*, una actividad muy necesaria para inflar la actividad comercial en los mercados de bitcoin para garantizar un crecimiento del valor de los criptoactivos y demostrar su estatus como dinero: como reserva de valor y medio de pago cotidiano.

La vida social del bitcoin

Retrocediendo a aquel fatídico julio de 2021, cuando la administración de Bukele aprobó apresuradamente la “Ley Bitcoin”, El Salvador se convirtió así en el primer país en el mundo en adoptar la criptomoneda oficialmente. Aunque no entraría en vigencia hasta septiembre de ese año, desconcertó infinitamente a los salvadoreños. Inmediatamente, mientras la población de habla hispana intentaba superar la confusión, la conversación se centró en examinar por qué se promulgó esta ley sin consulta pública ¿Por qué esto era una prioridad a pesar de otros problemas urgentes? La audiencia clamaba por información que aclarara cómo se financiaría la iniciativa, cuáles eran sus riesgos y por qué Bukele decidió apostar por el bitcoin en lugar de abordar las necesidades de los salvadoreños afectados por la pandemia. Sin embargo, el bitcoin disfrutó de una breve luna de miel en El Salvador, pero rápidamente se le echó en cara que muchos lo consideraran una cortina de humo

para actividades nefastas: una brillante distracción de problemas sociales más acuciantes. Desde nuestra perspectiva, el propósito de Bukele era establecer nuevas nociones de dinero, un nuevo sistema de construcción de significado para El Salvador, ahora abierto a la participación de todos los salvadoreños. Al transponer el espíritu “techbro” y emprendedor del bitcoin de Silicon Valley, un capitalismo joven y aventurero se trasladó al contexto salvadoreño. Sin embargo, como veremos, los viejos hábitos son duros de roer.

Imagen 6. Cajero automático de Chivo Wallet, 2022



Fuente: Archivo personal Cuellar (2022).

Antes de esto, las encuestas revelaban un apoyo inquebrantable a Bukele. Sin embargo, la cuestión del bitcoin resultó controvertida. Para los salvadoreños, la criptomoneda era cuestionable y parecía no adaptarse a las necesidades financieras populares. Para muchos, el bitcoin fue rápidamente olvidado después del lanzamiento inicial en los medios y la presentación de los cajeros automáticos

Chivo (Imagen 6.), ChivoWallet y el bono de registro único de \$30. A pesar de este intento de “aumentar” las prácticas monetarias salvadoreñas, el dólar demostró ser resistente, ya que el bitcoin tuvo poco impacto en las costumbres arraigadas. Más allá del entusiasmo en torno al bukalismo, los salvadoreños estaban desconcertados y se preguntaban en qué era mejor que el dólar estadounidense. ¿Cómo, específicamente, podría el bitcoin mejorar las economías de los pobres? ¿Repararía el poder adquisitivo perdido? ¿Cómo reestructuraría fundamentalmente las relaciones económicas o fomentaría nuevas prácticas monetarias para avanzar en el bienestar? ¿Aliviaría la delincuencia menor y proporcionaría formas más seguras de intercambio y ahorro? ¿Impulsaría la creación de empleo y conduciría a la capacitación de los trabajadores salvadoreños? ¿Quiénes serían los verdaderos beneficiarios de la criptomoneda? El Estado, que promocionaba el bitcoin como inclusión financiera, desplegó viejos debates sobre “bancarizar a los no bancarizados”, llegando incluso a sugerir que el bitcoin sería un camino para la reducción de la pobreza y la promoción de la educación financiera. Para Bukele, el bitcoin significaba transformar al vendedor ambulante en inversor. En este futuro, donde bitcoin era una bala de plata para los problemas políticos y económicos, aparecía como una posibilidad del nuevo giro monetario. Aquí, al remodelar los hábitos financieros poco sofisticados de los pobres salvadoreños, la criptomoneda proporcionaría nuevas oportunidades para pequeños negocios y para el mercado informal, integrando a los salvadoreños en el futuro tecnológico.

Para comenzar con el bitcoin, la gente fue atraída con un cupón de “\$30 USD en bitcoin” al inscribirse en la aplicación desarrollada por el estado, Chivo Wallet (Imagen 7). Incluso aquí, hay una necesidad de transmitir el valor de bitcoin a través del dólar estadounidense; esta fue una característica prominente de “traducción de moneda” de Chivo Wallet, como se muestra en la imagen a continuación que demuestra el flujo de usuarios de la aplicación.

Imagen 7. Experiencia de usuario de Chivo Wallet, 2023



Fuente: CoinMarketCap.

Hubo un frenesí en torno al registro. Los \$30 podían retirarse de inmediato y llegaban como un estímulo económico en el apogeo de la necesidad pandémica. Al sacarlos, los bitcoins se convertían en dólares utilizables que tenían sentido para hacer frente a las graves dificultades familiares. Sin embargo, el lanzamiento de Chivo fue un desastre espectacular que condujo a fraudes generalizados, robo de identidad y lavado de dinero. Específicamente, los usuarios simplemente vaciaron sus cuentas y nunca la volvieron a utilizar, drenando así la cartera propiedad del gobierno. Informes posteriores del equipo de Chivo revelaron que hubo, como se sospechaba, una mala gestión grave y fallas en el sistema que llevaron a pérdidas significativas de dinero, que ascendieron a casi \$840.000 (Chávez, 21 de noviembre de 2022). Lo que iba a ser una novedosa forma de capital remunerable se vio desestabilizado por errores de programación, un elevado tráfico en los servidores y un sistema de autenticación vulnerable que dio lugar a suplantaciones de identidad. Después de este inicio catastrófico, surgieron movimientos anti-bitcoin, centrándose en la incompetencia del estado y la pérdida imprudente de fondos públicos, aproximadamente \$105 millones en compras directas de bitcoin. En todo El Salvador, muchos admitirían lo mismo, señalando que mientras Bukele es infalible, el bitcoin no lo es. Los vendedores ambulantes en el centro de San

Salvador, por ejemplo, mostraban sus letreros obligatorios de “bitcoin Aceptado Aquí”, pero al solicitar pagar con criptomoneda, a menudo decían que su *smartphone* estaba fallando o que no había recepción celular. En este contexto, la naturaleza dineraria del bitcoin como moneda cotidiana resultó insuficiente y pareció dudosa su calidad comparada con la solidez del dólar: esos billetes desgastados y usadísimos, o en la moneda patinada, eran importantes indicadores de la circulación del dólar y su amplia aceptabilidad, testigos involuntarios de los hábitos dolarizados. En contraste, el bitcoin significaba una tecnoutopía desconocida, alejada de la vida cotidiana (Al-Jazeera, 2022).

Después de la caída de Chivo, se reunieron grupos en protestas dispersas en San Salvador, a menudo en las plazas históricas de la ciudad, para rechazar el bitcoin “imperialista”. Hubo pancartas repetidas con el lema “#NoAlBitcoin” que presentaban la representación física de bitcoin, el “B” tachado. Las movilizaciones #NoAlBitcoin atrajeron a una mezcla de personas involucradas en la lucha por el agua, en el activismo ecológico, el feminismo, organizaciones LGBTQ+ y grupos de derechos humanos, así como el movimiento clerical laico (Pineda, 7 de septiembre de 2021). En nuestro análisis, la reacción contra el bitcoin representa una lucha por la moneda en El Salvador, ilustrando la coyuntura fiscal crítica del país. El dinero representa una multitud de problemas sociales, evidencia de corrupción gubernamental, de una política distractiva destinada a desviar la atención de problemas apremiantes, desmovilizar activistas y consolidar una visión personalista de El Salvador, que no tiene interés en mejorar la vida de las personas, sino que se centra en habilitar nuevas olas de depredación a través del dinero digital. El bitcoin, y las criptomonedas en general, se entendieron popularmente como un simple esquema de ganancias y lavado de dinero por el círculo más cercano a Bukele: en particular, sus hermanos Karim, Yusef e Ibrajím, quienes han asesorado al presidente en asuntos económicos, actuando como “ministros de gobierno esenciales” (Alvarado, 2020). Como era de esperar, el

gobierno de Bukele ha designado a miembros cercanos de la familia, amigos de la infancia y antiguos compañeros de escuela, en puestos administrativos importantes. La iniciativa del bitcoin, diseñada por estos confidentes cercanos en colaboración con inversores de Silicon Valley, fue desafiada rápidamente por el público crítico y se convirtió en un momento esclarecedor para entender la mala praxis del bukellismo. Aquí, el sentido del bitcoin adquirió características que los salvadoreños entendieron profundamente: un enfoque negligente, tecnocrático, de arriba hacia abajo y cortoplacista, impulsado por gobiernos para obtener ganancias rápidas que descuidaron problemas estructurales y llamados a la reparación material.

La contradicción del bitcoin en El Salvador es multifacética. En primer lugar, aunque se pretendía en parte alejar a los salvadoreños del dólar estadounidense, no ha logrado generar entusiasmo entre los sectores populares y trabajadores. Tuvo dificultades, y sus entusiastas o “impulsores” nunca fueron capaces de comunicar plenamente al público salvadoreño su valor intrínseco como moneda de curso legal. En conversaciones informales con vendedores ambulantes en San Salvador, seguía siendo simplemente simbólico, y muchos lamentaban su rápida incursión en la vida económica. Para estimular la adopción y garantizar su uso, el gobierno impuso multas a las empresas que se negaban a aceptarlo en las transacciones. La legitimidad del bitcoin cayó en picada junto con su valor de mercado, y aunque este sube y baja, no ha recuperado el aprecio del pueblo salvadoreño. Chivo Wallet se desvaneció, y aunque el uso de otras criptobilleteras por parte de los salvadoreños no se ha verificado, es probable que sea mínimo. El uso de criptomonedas sigue siendo escaso en El Salvador. Incluso en 2023, la imaginación pública y el sentido común en torno al dinero siguen girando únicamente al rededor del dólar estadounidense, y la criptomoneda como una forma de valor radical y proyecto de desarrollo tiene poco asidero entre los salvadoreños, a pesar de que algunos la utilizan para la ya probada práctica del envío de remesas

familiares (BCR, 2023). En parte debido a su comienzo equívoco, el bitcoin parece sufrir fallas sistémicas, y los rumores sobre lavado de dinero y narcotráfico aún predominan en torno al criptoactivo. De hecho, este era un lugar común entre los salvadoreños que, a pesar de apoyar a Bukele, entendían tácitamente que el poder estatal corrompe a los presidentes. Recordemos a Paco Flores, Tony Saca, Mauricio Funes, todos los cuales robaron de las arcas públicas. La corrupción rutinaria ahora da por sentado una parte intrínseca de la gobernanza salvadoreña, nacida de una institucionalidad débil. Además, el bitcoin se hizo eco de las dificultades de la transición del “colón al dólar”. Para los salvadoreños, bitcoin era la última versión de la malversación presidencial, aunque muchos esperaban que esta cleptocracia no desviara al iluminado de Bukele de cumplir con sus prometidas buenas obras.

El régimen de Bukele sigue firme en su opinión de que el “bitcoin es inevitable”. Promover el uso del bitcoin sigue siendo una forma de mantenerse legible para los capitalistas de *blockchain* y de mantener la competitividad de la economía salvadoreña ante los pronosticados cambios radicales en el sistema global (Bukele, 2023). Previendo esto, el grupo de Bukele está decidido a que El Salvador integre proactivamente las criptomonedas, tecnologías *blockchain* o DeFi (finanzas descentralizadas) en su sistema financiero para mantenerse al día con los nuevos mercados de activos y prácticas financieras emergentes. Los bancos salvadoreños, aquellos que se beneficiaron de la dolarización y que limitaron su horizonte transformador desde su inicio, ahora están obligados a mantener encajes en bitcoins para garantizar transacciones y cambios para los clientes. Sin embargo, aún no está claro cuántos bitcoins tienen los bancos salvadoreños.

En discusiones preliminares, quizás ahora abandonadas, Bukele indicó que la adopción del bitcoin era el primer paso hacia el lanzamiento del “colón-dólar”, una criptomoneda estable completamente nueva patrocinada por el Estado para uso nacional (Arauz, 2021). Al fusionar digitalmente los colones previos a la dolarización y el

dólar estadounidense, la criptomoneda propuesta buscaría resignificar nuevamente las dos formas de dinero anteriores para el presente y futuro cripto, aprovechando el reconocimiento del dólar como moneda mundial y el colón como legado monetario para infundir significado, inventando una nueva naturaleza monetaria en esta recién imaginada. Este proyecto, al igual que otras iniciativas cripto anunciadas por el Estado, parece estar en pausa, su promesa quedó sujeta a las críticas a medida que el uso de bitcoin en el país sigue siendo marginal y las criptomonedas experimentan mínimos históricos en los mercados y en la opinión pública (IUDOP, 2021). Si el anuncio de bitcoin de Bukele estaba programado para coincidir con el pico de valor del activo, aprovechando la emoción en torno al crecimiento infinito y exponencial, entonces la actual disminución sigue la tendencia a la baja de las criptomonedas en 2022-23, así como los fracasos criminales de importantes proyectos como FTX, BlockFi y otras empresas cripto ahora cerradas (Kelley, 2022).

Sin embargo, debido a la imprevisibilidad del mercado, la apuesta cripto todavía tiene un potencial abstracto, pero sigue siendo un maridaje incómodo para la economía salvadoreña y para los salvadoreños profundamente habituados al pensamiento, la política y las prácticas dolarizadas. El problema aquí, por supuesto, no es que las cripto-economías sean intrínsecamente problemáticas debido a su dependencia de una forma de valor sospechosa, o porque esté impulsada ideológicamente por una temeridad antisocial, libertaria e hipercapitalista, sino que, contra el dólar, la configuración actual de El Salvador no es capaz de adoptar estas tecnologías financieras de manera integral para cumplir incluso con sus promesas más rudimentarias como forma de pago e intercambio. Los sectores financieros tradicionales aún no están convencidos, ya que la legalización de bitcoin como moneda nacional no mitiga su volatilidad y riesgo. Para la gente, hay problemas más urgentes relacionados con la calidad de vida y el bienestar social, y la criptomoneda parece un absurdo que entusiasma poco.

Desde mediados de 2021, el bitcoin no ha supuesto un desafío real para la dominación del dólar, ni ha inspirado la revolución económica prometida para las mayorías salvadoreñas. Ha persistido, como el *sticker* desteñido en el quiosco de un vendedor ambulante, como un momento pasajero, un vestigio de lo hipermoderno. A pesar de todos sus grandes diseños, como Bitcoin City, Surf City, las remesas cripto, el desarrollo basado en el bitcoin y los bonos volcán, hoy son parte de una estrategia fallida del Estado para hacer del bitcoin un objeto significativo para los salvadoreños. Hasta ahora, la criptomoneda se ha convertido en parte de la política antidemocrática del Estado para distraer, proporcionando una cobertura útil a Bukele mientras desmantelaba las instituciones del país y militarizaba la sociedad a través de su ahora permanente “régimen de excepción” (Amnesty International, 2023). Como una cobertura contra el dólar y el ardid personalista del clan Bukele, el intento de separar la economía salvadoreña del dólar estadounidense ha resultado poco impresionante, marginal para las actividades económicas ordinarias. La pandemia, también, resultó determinante, ya que la ciudadanía experimentaba una gran incertidumbre existencial, estaba abrumada económicamente y sufría la escasez producida por COVID-19. En esta coyuntura, el volátil bitcoin entró a destiempo para que El Salvador remedie todos los asuntos económicos y solo encontró un suelo baldío, incapaz de convencer a los salvadoreños de sus virtudes como formas de dinero innovadoras que mejoraran lo suficiente respecto al dólar estadounidense.

Conclusión: El Salvador fungible

El neoliberalismo considera a los mercados como autosuficientes, alérgicos a la regulación, y que estos –el llamado “mercado libre”– son los únicos garantes del bienestar humano. Bajo el neoliberalismo, la totalidad de la sociedad se economiza, y cada aspecto del mundo vital se subordina a lógicas de mercado omnipotentes,

incluyendo la política democrática, la gobernanza y las funciones institucionales. En este sentido, el caso salvadoreño es instructivo. En pocos meses, el “maximalismo” del bitcoin se convirtió en el objetivo económico de facto del Estado, la joya de la corona en el nuevo El Salvador de Nayib Bukele. El poder centralizado, en el contexto salvadoreño, ahora actúa como un sirviente a disposición del desarrollo liderado por las criptomonedas. Más allá de los esfuerzos a pequeña escala de Bitcoin Beach en El Zonte, el aceleracionismo de Nayib Bukele ha generado extrañas iniciativas como el criptocasi-*no club* “con instalaciones *offline*” para usuarios de la plataforma AstroBabies NFT (token no fungible) (Gibbs, 2022). Una metáfora curiosa para el proyecto cripto en su totalidad, El Salvador busca posicionarse como una tierra de oportunidades para entusiastas extranjeros de criptomonedas a expensas de los salvadoreños excluidos de un proyecto que nunca fue diseñado para ellos, un eco del capitalismo del colón y la dolarización que lo precedieron. Entre estas iniciativas vinculadas se encuentran asociaciones bilaterales con ciudades como Lugano, Suiza, para difundir aún más la palabra del bitcoin. Más recientemente, el gobierno de Bukele anunció su plan de establecer una “Embajada del Bitcoin” en Texas para facilitar la adopción, uso e intercambio de criptomonedas entre Estados Unidos y El Salvador (Crawley, 15 de febrero de 2023).

La transparencia sigue siendo poco importante para El Salvador que se aleja cada vez más hacia el autoritarismo. Este problema continúa en el centro de la pregunta cripto, incluso para instituciones como el FMI (Redman, 2023). Las inversiones en bitcoin, desde su lanzamiento, ascendieron a casi 500 millones de dólares: considerando el dinero gastado en el desarrollo de aplicaciones (como Chivo Wallet), la instalación de cajeros Chivo en todo el país y las compras de bitcoin del gobierno. Una estimación de Bloomberg en noviembre de 2022 ubicó la criptobilletera de El Salvador en 2,381 BTC, que en febrero de 2023 tenía un valor de aproximadamente 61 millones de dólares. En ese momento, Bukele tuiteó que habría más compras de bitcoin en un momento futuro no revelado, y que la

billetera del Estado ya había generado ganancias sustanciales. Estas ganancias dudosas, afirmó, permitieron a su gobierno construir el hospital veterinario ChivoPets y, según algunos informes, una renovación de escuelas que ahora ofrecen planes de estudio centrados en el bitcoin para fomentar la alfabetización digital (McShane, 2021). La realidad social de estos proyectos, sin embargo, es muy diferente. ChivoPets, por ejemplo, sigue siendo opaco incluso para el propio Banco de Desarrollo de El Salvador (BANDESAL) del gobierno, a pesar de que Bukele afirmó que los proyectos de bitcoin se financiarían directamente a través de un fideicomiso llamado FIDEBITCOIN compuesto únicamente por las ganancias de bitcoin (Bukele, 2021). También hay informes de que Bukele aún no ha vendido un solo bitcoin, lo que significa que las ganancias no han sido realizadas aún, o sea, permanecen ilíquidas y, como tales, no están disponibles para su uso en proyectos de desarrollo. La opacidad del gobierno en torno a las criptomonedas dificulta su análisis, así como la determinación de la cantidad de fondos públicos destinados a ellas. Investigar esto es un desafío, ya que los tuits de Bukele a menudo son los únicos datos disponibles (Nayib Bukele Portfolio Tracker). Nadie, fuera del equipo de gestión de Chivo, está seguro de si la “billetera del gobierno” ha perdido dinero, contribuido a la deuda nacional o ha abierto al país a un riesgo económico adicional, sin embargo, el propio secretismo es revelador (Hurtado, 2022). Desde finales de 2022, Nayib Bukele audazmente afirmó que aún estaba “comprando a la baja”, tuiteando el 17 de noviembre: “Estamos comprando un #Bitcoin todos los días a partir de mañana” (Bukele, 2022). A pesar de estos anuncios públicos, la ubicación o estado de los activos sigue siendo especulativa y desconocida. El plan de “promediar el costo en dólares” comprando un BTC al día está envuelto en secreto. Según lo que sabemos, la apuesta de Bukele ha perdido aproximadamente 16 millones de dólares de fondos públicos.

Un año después de la Ley Bitcoin, los analistas sugieren que apenas el 2% de las remesas se envían a través de aplicaciones cripto

como Chivo Wallet (Jenkinson, 2022). Esta es una parte limitada y no parece estar aumentando. Desafiando a Chivo, servicios competidores, como Western Union, MoneyGram, etc., han reducido las tarifas y mejorado sus aplicaciones para simplificar las transferencias internacionales de dinero, manteniendo a los clientes utilizando sus plataformas y evitando las criptomonedas por completo. Los remitentes de remesas salvadoreñas, de manera similar, tienen poca información sobre el uso de bitcoin y los mercados de criptomonedas, a pesar de la campaña del estado para promoverlo entre los diaspóricos. Esta falta de conciencia y atracción hacia el mundo bitcoin para el envío diario de remesas es sintomática de la escasa adopción de la actividad cripto. Aquellos riesgos que el FMI planteó en 2021 en torno a la apuesta de bitcoin de El Salvador se han evitado por el momento, ya que el uso de bitcoin en remesas y actividades críticas está altamente contenido. Sin embargo, según informa el FMI después de una visita al país en 2023, si el gobierno de Bukele aumenta su exposición a bitcoin a través de bonos “volcanes” tokenizados, se reactivará su evaluación de riesgos de 2021 (Hacibedel y Perez-Saiz, 2023). De suma importancia para el FMI es mejorar la transparencia fiscal para que el público y las instituciones financieras puedan evaluar el riesgo sistémico, así como más esfuerzos políticos para prevenir el lavado de dinero y el financiamiento del terrorismo, en línea con las pautas del Grupo de Acción Financiera (FATF, 2020). Bitcoin presenta vulnerabilidades que, para el FMI, pueden mitigarse con una regulación estricta.

Todo esto significa que el proceso de bitcoinización es una respuesta no a una crisis monetaria generalizada del régimen del dólar, sino más bien un plan para la corrupción y la malversación de fondos por parte de aquellos que ostentan el poder estatal. Para los salvadoreños, la cleptocracia ha sido parte integral de administraciones pasadas, y el bitcoin de Bukele se espeja en la opacidad política que llevó a la penetración de la dolarización en la sociedad salvadoreña. Dentro de la actividad monetaria ordinaria, el significado de este dinero digital novedoso continúa ignorado. Una y otra

vez, el uso del dólar sigue siendo necesario para la venta informal y será difícil redefinirlo, ya que ha adquirido profundas nociones culturales de valor, como se refleja en referencias al dólar o la cora (un cuarto de dólar). El dólar mantiene cierta similitud con el colón a través de su materialidad y acuñación, ya que se mueve y adquiere significado relacional a través de circuitos de intercambio familiares y bien conocidos. En una economía salvadoreña donde las denominaciones bajas del dólar son la base de las transacciones normales, donde incluso un billete de \$20 podría provocar problemas transaccionales para obtener el cambio adecuado, los decimales de bitcoin y la dependencia de los *smartphones* son un peso: un *software* incompatible para el *hardware* salvadoreño. En cierto sentido, hemos dado una vuelta entera para regresar al mismo lugar. Desde la represa hidroeléctrica Cerro Grande en los billetes de colones hasta las modernas plantas geotérmicas volcánicas de hoy que están a punto de inaugurar una modernidad avanzada, las contradicciones monetarias de El Salvador –el colón, el dólar, las criptomonedas– revelan el apetito insaciable de la élite financiera: encontrar el dinero apropiado para hacer más dinero que descuida las prácticas monetarias populares más allá del lucro comercial.

Bibliografía

Amnesty International (2023). El Salvador: One year into state of emergency, authorities are systematically committing human rights violations. *Amnesty International* <https://www.amnesty.org/en/latest/news/2023/04/el-salvador-state-emergency-systematic-human-rights-violations/>

Arauz, Sergio, Nelson Rauda y Roman Gressier (2021). Bukele's Plan: Launching National Cryptocurrency by Year's End. *El Faro* https://elfaro.net/en/202107/el_salvador/25611/Bukele-Plans-to-Launch-a-National-Cryptocurrency-This-Year.htm

Alvarado, Jimmy, Gabriel Labrador y Sergio Arauz (2020). The Bukele Clan that Rules with Nayib. *El Faro* https://elfaro.net/en/202006/el_salvador/24542/The-Bukele-Clan-that-Rules-with-Nayib.htm

Al-Jazeera (2022). Crypto: People and Power. *Al Jazeera English*. YouTube. [Video] <https://www.youtube.com/watch?v=ySv4IkYBdsE>

Banco Central de Reserva (2021). Política Nacional de Inclusión Financiera Para El Salvador. *PNIF-SLV* <https://www.bcr.gob.sv/bcrsite/uploaded/content/category/387473516.pdf>

Bank Notes (s/f). www.banknotes.com

Bukele, Nayib (9 de octubre de 2021). FIDEBITCOIN.... [Twit] *Twitter/X*. <https://x.com/nayibbukele/status/1447017312893161478>

Bukele, Nayib (30 de septiembre de 2022). Stop Drinking the Elite's Kool-Aid. *Bitcoin Magazine*. <https://bitcoinmagazine.com/print/stop-drinking-the-elites-kool-aid>

Bukele, Nayib (17 de noviembre de 2022). Estamos comprando un #Bitcoin ... [Twit] *Twitter/X*. <https://twitter.com/nayibbukele/status/1593113857261965312>

Bukele, Nayib (8 de diciembre de 2023). Why don't we sell our Bitcoin? [Twit]. *Twitter/X*. <https://x.com/nayibbukele/status/1733242448179073284>

Chávez, Suchit (21 de noviembre de 2022). Falla de Chivo Wallet provocó hurto de \$840,000. *Revista Factum*. <https://www.revista-factum.com/falla-de-chivo-provoco-hurto/>

CoinMarketCap (s/f). <https://academy-public.coinmarketcap.com/optimized/uploads/f7ae1f6177e94711aa0af6cce7fad741.png>

Crawley, Jamie (15 de febrero de 2023). El Salvador Plans to Open “Bitcoin Embassy” in Texas. *CoinDesk* <https://www.coindesk.com/policy/2023/02/15/el-salvador-plans-to-open-bitcoin-embassy-in-texas/>

Cuéllar, Jorge E. (29 de octubre de 2021). The Value of a Volcano. *NACLA* <https://nacla.org/news/2021/10/29/bitcoin-volcano-el-salvador>

Dickerson, Marla (4 de Agosto de 2007). In El Salvador, the dollar is no panacea. *Los Angeles Times*, <https://www.latimes.com/archives/la-xpm-2007-aug-04-fi-dollarize4-story.html>

FATF (2020). Money Laundering and Terrorist Financing Red Flag Indicators Associated with Virtual Assets. *FATF*. www.fatf-gafi.org/publications/fatfrecommendations/documents/Virtual-Assets-Red-Flag-Indicators.html

Gibbs, Erik (2022). Cryptocurrency-Friendly El Salvador Builds New NFT-Focused Casino. *Casino.org* <https://www.casino.org/news/cryptocurrency-friendly-el-salvador-has-a-new-casino-built-around-nfts>

Hacibedel, Burcu y Perez-Saiz, Hector (2023). Assessing Macrofinancial Risks from Crypto Assets. *IMF Working Papers*, 2023/214, <https://www.imf.org/en/Publications/WP/Issues/2023/09/30/Assessing-Macrofinancial-Risks-from-Crypto-Assets-539473>

Hurtado, Jorge (2022). El Salvador “no ha tenido pérdidas” por desplome del bitcoin, dice ministro de Hacienda. *France24*

<https://www.france24.com/es/programas/econom%C3%A1a/20220614-el-salvador-desplome-bitcoin-crisis-criptomonedas>

Jenkinson, Gareth (2022). El Salvador's Bitcoin wallet Chivo scores \$52M in remittances in 2022. *CoinTelegraph* <https://coingecko.com/news/el-salvador-s-bitcoin-wallet-chivo-scores-52m-in-remittances-in-2022>

Kelley, Lora (2022). Here's the Latest on the FTX Collapse. *The New York Times*. <https://www.nytimes.com/article/ftx-bankruptcy-crypto-collapse.html>

Instituto Universitario de Opinión Pública (Iudop) de la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas" (UCA) (2021). La población salvadoreña opina sobre el bitcoin y la situación socioeconómica del país. <https://uca.edu.sv/iudop/wp-content/uploads/Boletin-BTC-Coyuntura-2021-4.pdf>

Mackey, Danielle (2023). Bukele's Bitcoin Mess and the U.S.-Backed Bank that Enabled It. *Foreign Policy*. <https://foreignpolicy.com/2023/11/29/cabei-dictators-bank-central-america-el-salvador-bukele-bitcoin-us-china-competition-debt>

McShane, Alex (2021). President Bukele: El Salvador To Use Bitcoin Profits to Build 20 Schools. *Bitcoin Magazine*. <https://www.nasdaq.com/articles/president-bukele%3A-el-salvador-to-use-bitcoin-profits-to-build-20-schools-2021-11-02>

Moran-Bonilla, Laura (2011). *El pulgarcito de America, imagenes de voces invisibles: voices of urban Salvadorian women with dollarization in San Salvador* (Unpublished master's thesis). University of Calgary, Calgary, AB

Nayib Bukele Portfolio Tracker (s/f). <https://nayibtracker.com>

Noe-Bustamante, Luis (2020). Amid COVID-19, remittances to some Latin American nations fell sharply in April, then

rebounded. *Pew Research Center*. <https://www.pewresearch.org/short-reads/2020/08/31/amid-covid-19-remittances-to-some-latin-american-nations-fell-sharply-in-april-then-rebounded/>

Numista (s/f). www.en.numista.com

Pedersen, David (2017). Remittance Securitization in the Hemisphere of the Américas: From Wall Street to Calle Principal and Back. En Keith Hart, *Money in a Human Economy*. New York: Berghahn Books.

Pedersen, David (2013). *American Value: Migrants, Money, and Meaning in El Salvador and the United States*. Chicago: University of Chicago Press.

Pineda, Wilfredo (7 de septiembre de 2021). Salvador street protest breaks out against Bitcoin adoption. *Reuters*. <https://www.reuters.com/world/americas/salvador-street-protest-breaks-out-against-bitcoin-adoption-2021-09-07/>

Rauda, Nelson (2021). Los evangelistas del bitcoin bailan conga en El Salvador. *El Faro*. https://elfaro.net/es/202109/el_salvador/25711/Los-evangelistas-del-bitcoin-bailan-conga-en-El-Salvador.htm

Rauda, Nelson (2 de junio 2023). Bukele Cuts 30% of Assembly Seats and 83% of Mayors Months Before Elections. *El Faro*. https://elfaro.net/en/202306/el_salvador/26874/bukele-cuts-30-of-assembly-seats-and-83-of-mayors-months-before-elections

Redman, Jamie (2023). IMF Report on El Salvador's Bitcoin Adoption: Risks Averted, but Transparency Needed. *Bitcoin.news*. <https://news.bitcoin.com/imf-report-on-el-salvadors-bitcoin-adoption-risks-averted-but-transparency-needed/>

Wikipedia (s/f). United States one-dollar bill. *Wikipedia*. https://en.wikipedia.org/wiki/United_States_one-dollar_bill

World Bank Open Data (2022). Personal remittances, received (% of GDP), El Salvador. <https://data.worldbank.org>

Zen Business (31 de Agosto de 2022). The Bitcoin Logo: Backstory and Symbolism. *Zen Business*. <https://www.zenbusiness.com/blog/bitcoin-logo/>

